

para el cargo de guardian [ó rector] de Oxford, se le habia quitado poco despues para dársela á un religioso. Wicleff apeló á la Santa Sede, que confirmó el último nombramiento. Desde este momento volvió Wiclef toda su cólera contra el papa. En los primeros tiempos se contentó con renovar los errores de Marsilio de Padua sobre la autoridad y potestad eclesiástica; pero muy pronto formuló un sistema completo de herejía. Hay en la doctrina de Wiclef dos lados ó puntos importantes: el lado filosófico, y el lado teológico. Bajo el primer aspecto, la doctrina del reformador es una mezcla grosera de maniqueismo, panteismo y fatalismo. Segun él, Dios abandona el gobierno del mundo á las potestades del mal, ó, en otros términos, el buen principio obedece al malo; toda criatura participa de la naturaleza divina. Una necesidad ciega es la razon única de cuanto acontece, de donde se sigue que no hay en Dios ni providencia, ni libertad, ni poder. Bajo el aspecto teológico, la doctrina de Wiclef es la teoría pura del presbiterianismo; el papa no es cabeza de la Iglesia militante; no hay necesidad ni de cardenales, ni de patriarcas, obispos ó concilios; los presbíteros y diáconos bastan para el ejercicio de todas las funciones sagradas. Como se ve, Wicleff era precursor de Lutero. Gregorio XI se apresuró, en una congregacion de cardenales, á condenar las proposiciones del novador. Escribió á Ricardo II, que acababa de suceder á su padre, Eduardo III, en el trono de Inglaterra, y le rogó usase de rigurosas medidas para sofocar el mal en su nacimiento. Un concilio, en Lambeth, presidido por el arzobispo de Cantorbery, condenó los nuevos errores; pero Wicleff continuó dogmatizando con mayor audacia. Gregorio XI no vió el fin de esta temible herejía; murió en Anagni el 27 de marzo de 1378. Antes de exhalar el último suspiro, formó una constitucion, en la cual ordenaba, para precaver los males de un interregno, que le bastaria al papa futuro reunir la mayoria absoluta de votos para ser legitimamente electo. Las antiguas reglas prescribian los dos tercios de sufragios para la validez de la eleccion.

CAPITULO III.

CISMA DE OCCIDENTE (20 de setiembre de 1378-11 de noviembre de 1417).

PAPAS LEGITIMOS CON RESIDENCIA EN ROMA.	ANTIPAPAS RESIDENTES EN AVIÑON.
URBANO VI (9 de abril de 1378-15 de octubre de 1389).	ROBERTO DE GINEBRA, llamado CLEMENTE VII (20 de setiembre de 1378-16 de setiembre de 1394.)
BONIFACIO IX (3 de noviembre de 1389-1.º de octubre de 1404).	
INOCENCIO VII (17 de octubre de 1404-6 de noviembre de 1406).	
GREGORIO XII (30 de diciembre de 1406 abdica por la paz de la Iglesia, en el concilio de Pisa, 5 de junio de 1409).	
ALEJANDRO V (26 de junio de 1409-3 de mayo de 1410).	PEDRO DE LUNA, llamado BENEDICTO XIII (28 de setiembre de 1394. Su obediencia concluye, en el concilio de Constanza, el 26 de julio de 1417).
JUAN XXIII (17 de mayo de 1410 abdica, por la paz de la Iglesia, en el concilio de Constanza, 29 de mayo de 1415).	
MARTIN V (11 de noviembre de 1417 restablece la paz en la Iglesia y termina el cisma de Occidente que duraba 39 años.	

SUMARIO.

§ I. PONTIFICADO DE URBANO VI (9 de abril de 1378-15 de octubre de 1389).

1. Consideraciones históricas sobre el gran cisma de Occidente. — 2. Consideraciones teológicas sobre este cisma. — 3. Pauta de conducta adoptada relativamente á la clasificacion de los papas legítimos y de los antipapas. — 4. Eleccion de Urbano VI. Perturbaciones de que fué señal. — 5. Carácter del nuevo papa. Escision entre Urbano VI y los cardenales. Carta de santa Catalina de Sena á los cardenales. — 6. Eleccion del antipapa Clemente VII. — 7. La Universidad de Oxford toma partido contra la de Paris en favor del papa legítimo. — 8. San Pedro de Luxemburgo, cardenal, obispo de Metz. — 9. Negocios de Nápoles. Carlos de la Paz. — 10. Carlos de Anjou. Guerra de Carlos de la Paz contra Urbano VI. Muerte de Urbano VI.

§ II. PONTIFICADO DE BONIFACIO IX (3 de noviembre de 1389-1.º de octubre de 1404).

11. Eleccion de Bonifacio IX. — 12. Ladislao, rey de Nápoles, se hacia aliado de la Santa Sede. — 13. Bajazeto I, sultan de los Turcos. Batalla de Nicópolis. Batalla de Ancira. Bajazeto I muere prisionero de Tamerlan. — 14. San Vicente Ferrer. — 15. San Juan Nepomuceno. — 16. Muerte del antipapa Clemente VII. Los cardenales de Aviñon le dan por sucesor Benedicto XIII. — 17. Doctores de la Universidad de Paris. Pedro de Ailly. El canclier Gerson. — 18. Benedicto XIII es arrojado de Aviñon. Muerte de Bonifacio IX.

§ III. PONTIFICADO DE INOCENCIO VII (17 de octubre de 1404-6 de noviembre de 1406).

19. Eleccion de Inocencio VII. — 20. Tumultos en Roma apaciguados por intervencion de Ladislao, rey de Nápoles. Muerte de Inocencio VII. — 21. Santa Coleta.

§ IV. PONTIFICADO DE GREGORIO XII (30 de diciembre de 1406. Es depuesto en el concilio de Pisa el 5 de junio de 1409).

22. Carta de Gregorio XII al antipapa Benedicto XIII. — 23. Gregorio XII se niega á ir á la conferencia en Savona. — 24. Concilio de Pisa. — 25. Legitimidad de este concilio. *De auferibilitate papæ*, par Gerson. — 26. Deposition de Gregorio XII y de Benedicto XIII en el concilio de Pisa.

§ V. PONTIFICADO DE ALEJANDRO V (26 de junio de 1409-3 de mayo de 1410).

27. Eleccion de Alejandro V. — 28. Division del mundo católico en tres obediencias. Muerte de Alejandro V.

§ VI. PONTIFICADO DE JUAN XXIII (17 de mayo de 1410. Abdica en el concilio de Constanza; retira su renuncia y es definitivamente depuesto el 29 de mayo de 1415).

29. Eleccion de Juan XXIII. — 30. Ladislao en Roma. — 31. Sigismundo, emperador de Alemania. — 32. Concilio de Constanza. — 33. Juan XXIII sale de Constanza. Es depuesto y se somete. — 34. Abdicacion de Gregorio XII. — 35. Deposition de Benedicto XIII. — 36. Condenacion y ejecucion de pena capital de Juan Hus y Jerónimo de Praga.

§ I. PONTIFICADO DE URBANO VI (9 de abril de 1378-15 de octubre de 1389).

1. Con el reinado de Urbano VI comienza para la Iglesia una época lamentable, durante la cual el pontificado apareció como vulnerado, como destrozado. La traslacion de la Santa Sede á Francia no tuvo consecuencias deplorables sino despues de su regreso á Roma. La gran mayoría de los cardenales era de franceses ⁽¹⁾, y habia dejado bien á su pesar su palacio de las orillas del Ródano y Durancio. Las sediciones populares que asaltaron al conclave durante la eleccion de Urbano VI, contribuyeron á aumentar su pesar y ansiaban por volver á su patria. Esta fué la única causa del veintidoseno cisma, cuya duracion y funestos resultados le han hecho llamar el gran cisma de Occidente. Consumado por la anticánónica eleccion de Roberto de Ginebra (Clemente VII), se fué continuando bajo

(1) En el conclave que eligió á Urbano VI habia diez y seis cardenales, de los cuales once franceses, cuatro italianos y uno español.

la influencia de la política francesa, que tenia interés en hacer volver los papas á Aviñon, y que, por otra parte, en su lucha contra la Inglaterra, que habia reconocido á Urbano VI, creia necesario apoyarse en un concurrente de este papa, cual lo fué Clemente VII. Las decisiones de la Universidad de Paris sobre esta grave cuestion han sido invocadas como formidable argumento por los adversarios de los papas legítimos. La historia, imparcial como la verdad, debe decir que estas decisiones no podian menos de estar dictadas por influencias extrañas y antipatías nacionales, á pesar de la rectitud y buena opinion de sus autores. Iguales causas motivaron el apoyo que el prudente y piadoso monarca Carlos V no cesó de prestar á los antipapas. Así es que este gran rey creyó, en su lecho de muerte, deber protestar, para tranquilidad de su conciencia, que se sometia á la decision de la Iglesia respecto del cisma. Luego no estaba enteramente satisfecho con la obediencia al papa de Aviñon.

2. Bajo el punto de vista teológico, el gran cisma de Occidente, por mas funesto que haya sido, no presentó en la práctica obstáculo ninguno al desarrollo de las virtudes y de la santidad que constituyé como la vida íntima de la Iglesia. Grandes santos han sido ejemplares de la mas alta perfection en ambas obediencias. Si se preguntare dónde estuviera el centro de unidad, y de autoridad siempre visible, cuando la cristiandad dividida presentase la imágen de dos campos enemigos, responderemos que por especial providencia estará en el primado, en el pontificado mismo. Por mas perturbadas que estuviesen las inteligencias por la doble personificacion del poder espiritual, una idea general y neta dominaba á todas las sombras: que el pontificado supremo debia de ser uno, como el hombre Dios á quien representa. Y así, divididos en el hecho, los fieles no lo estaban en el derecho: habia pues en el cisma una cuestion de personas, no de principios. No se trataba de saber si la silla de san Pedro habia de estar en Roma ó en Aviñon; sino si era Urbano VI ó Clemente VII quien la ocupaba. Teólogos de grande autoridad llegan hasta sostener que esta funesta division no debe de ser llamaba propiamente *un cisma*; desde

luego, porque la multiplicidad de obediencias no destruía el principio de unidad, en atención á que todas las iglesias reconocían igualmente como artículo de fe, que solo hay una Iglesia romana, y un solo soberano pontífice, sucesor de san Pedro, que era, á la verdad, para cada una de ellas, el pontífice de su obediencia; mas no muchas iglesias romanas, ni muchos pontífices romanos. La multiplicidad de obediencias no dividía pues la sociedad cristiana sino por una cuestion de forma, no por un punto fundamental de dogma ó de derecho. Cuando hayan calmado las pasiones con el tiempo, cuando los pueblos, cansados de luchas, hubieren conocido la necesidad de unirse en un mismo pensamiento, irán á abjurar sus odios y hallar los dulces abrazos de la caridad cristiana á los piés del supremo pontificado, que á pesar del desorden de las revoluciones permanecerá soberano é inmutable. En apariencia, jamás corrió la Iglesia mayores peligros, y sin embargo jamás fué mas realmente grande, venciendo con la fuerza misma de su institucion los desórdenes que engendraba la escision de su autoridad, reclamando contra los abusos, llamando las reformas, haciendo brillar por todas partes, como contrapeso á los escándalos, las mas sublimes virtudes, defendiendo la verdad contra los ataques de la herejía; fulminando sus anatemas contra Wicleff, Juan Hus, Jerónimo de Praga, y sus adherentes, continuando en guiar al mundo por los caminos de la justicia y de la verdad. Jamás se mostró mas admirable la Iglesia que durante la formidable tempestad, llamada el Gran Cisma; ni mostró nunca de un modo mas patente la divinidad del brazo que la dirige y sostiene. Si no hubiera sido sino institucion humana, hubiera sucumbido irremisiblemente en coyunturas en que eran impotentes los recursos del imperio, las fuerzas de la inteligencia, el concurso de todos los doctores, la autoridad de los príncipes y hasta los esfuerzos de los santos.

3. Los historiadores que han tenido que referir esta época borrascosa, se han dividido sobre el modo de fijar la sucesion legítima de los soberanos pontífices en medio de tantas y tan ardientes controversias. Hay quienes rehusan dar calificacion

de *antipapas* á los pontífices que residieron en Aviñon (1). Creemos no poder engañarnos siguiendo, en este lugar como en otros, el uso de la Iglesia romana; la cual ha inscrito en el catálogo de los soberanos pontífices los nombres de los que han tenido su silla en Roma durante el gran cisma, y que relega entre los antipapas á los dos que han residido en Aviñon. No sabemos ser católicos á medias. En el momento de la eleccion de Clemente VII, en Fondi, por los cardenales disidentes, ¿había ó no papa elegido? Con la historia en la mano, lo había. Y en efecto, despues de tres meses, Urbano VI era reconocido como papa legítimo por todas las iglesias del mundo católico. Los cardenales que procedieron á nueva eleccion, habian dado pruebas inequívocas de su sumision á este papa durante estos tres meses. Habian aceptado de su mano gracias, favores y dignidades; habian procedido ellos mismos á la ceremonia de su coronamiento, y habian notificado ellos mismos su eleccion á todos los príncipes de la cristiandad. Ninguno protestó durante este tiempo. Luego había realmente un papa cuando eligieron á Clemente VII, y ese papa era Urbano VI. Se ha dicho que la eleccion no fué libre, pero la violencia solo duró un dia. Durante tres meses los cardenales eran y estaban libres, y sin embargo no protestaron; antes bien juraron fidelidad á Urbano VI. Lo repetimos, cuando el conclave de Fondi, ya había papa. Luego Clemente VII, proclamado en Fondi, solo pudo ser antipapa. Estos hechos nos parecen claros y precisos: lo parecieron menos entonces, cuando las preocupaciones y pasiones contemporáneas enturbiaban la razon, y hé aquí porqué fué tan terrible este cisma. Eran necesarios estos preliminares para entrar en el relato de los hechos.

4. A la muerte de Gregorio XI, los diez y seis cardenales

(1) El abate Cristophe, cuyo trabajo nos ha servido de guia desde el pontificado de Clemente V, es de este número. Nuestra opinion difiere en esto de la suya, y cuando se vayan presentando por su orden los hechos, daremos los motivos de nuestra determinacion. Esta divergencia no nos impide tributar justo homenaje al talento del autor y al mérito indisputable de su libro, del cual tomamos considerables pasajes.

presentes en Roma se reunieron en conclave en el palacio del Vaticano. La plaza de San Pedro se inundó de muchedumbre de gente armada, que exclamaba: « ¡Queremos un papa romano! » Era muy natural la zozobra de la población, conocidas las disposiciones de la mayor parte de los cardenales que deseaban elegir un papa francés para lograr más tarde nueva traslación de la Santa Sede á Aviñon. Pero no eran fáciles de llenar los deseos del pueblo, porque solo había dos cardenales romanos: el uno sobrado joven, el otro sobrado viejo, el cual, abrumado de achaques, murió al salir del conclave. Toda la noche estacionó la turba armada en derredor del Vaticano, redoblando sus gritos. A efectos de esta presión, los cardenales franceses tuvieron que renunciar á elegir de su seno el nuevo papa, y se propuso vestir á un franciscano de los hábitos pontificales y presentarlo al pueblo, como si fuera el papa electo, para calmar su agitación (1). Pero el cardenal de Limoges, canciller del rey de Francia, levantándose, habló en estos términos: « No podemos escoger sino un papa italiano; ahora » bien, vos, cardenal de Florencia (Pedro Corsini), no podeis » pretender la tiara, porque vuestra república es enemiga de la » Iglesia romana. Vos, cardenal de Milan (Simon de Brossano), » no lo podeis tampoco, porque sois vasallo de los Viscontis, » que siempre han combatido contra los derechos de la Iglesia. Vos, cardenal Orsini, sois demasiado joven para ser » papa. Vos, cardenal Thebaldeschi, sois sobrado anciano. En » consecuencia, yo escojo fuera del sacro colegio y doy mi » voto á Bartolomé Prignano, arzobispo de Bari. » Estas frases fueron como una ráfaga de luz, y todos los votos, menos dos, recayeron sobre el arzobispo. Bajo Gregorio XI este prelado había dirigido la cancillería romana con el mayor lustre y se había granjeado un aprecio universal. En conferencias particulares que precedieron al conclave, ya habían pensado los car-

(1) Según autores muy respetables y fidedignos, ni hubo gente armada, ni hubo coacción ni presión de ningún género, ni tal fraile franciscano vestido de papa. El pueblo deseaba un papa que no fuera francés. Esto es lo más cierto. Todo lo demás son añadiduras é inexactitudes.

(El Traductor.)

denales en él para elevarlo á la tiara; y esta circunstancia explica la unanimidad con que fué acogida la proposición del cardenal de Limoges. Pero Bartolomé de Prignano estaba ausente; y los cardenales no osaban anunciar su elección porque no era romano. Llegaba á su colmo la efervescencia popular: las gentes del pueblo pedían papa romano, y Prignano era napolitano; con todo fué llamado al conclave el arzobispo de Bari. Al saber este su elección se excusó por su incapacidad, y se negó á dar su consentimiento. Los cardenales le suplicaron aceptase esta gloriosa carga; se dejó vencer por sus instancias, aceptó y tomó el nombre de Urbano VI, con universal aplauso del pueblo, y entonándose el cántico del *Te Deum*. Todos los cardenales vinieron á tributarle homenaje, todos le acompañaron en la ceremonia del *posse*, y asistieron á su coronamiento, que se celebró en San Pedro, día de Pascua de Resurrección de 1378. Notificaron inmediatamente su elección á los cardenales y prelados que aun estaban en Aviñon, y á los príncipes cristianos de Europa. Los cardenales formaron su corte, le prestaron juramento como se lo habían prestado á su antecesor, solicitaron sus favores y gracias; y uno de ellos, el cardenal Glandeva, fué promovido al obispado de Ostia. Así duró este estado de cosas durante tres meses sin protesta alguna en contra.

5. El nuevo papa, una vez colocado en la silla de San Pedro, mostró una energía que se trató muy pronto de violencia, una integridad de principios que se tachó de rigorismo, y una franqueza de expresión que se acusó como airamiento ó cólera. Desde los primeros días de su advenimiento mostró sin rebozo su intención de obligar á los titulares á residir en sus beneficios, y de reformar el lujo de la corte romana. Publicó una ley *suntuaria*, á la que se sujetó el primero, en la que reglaba los coches, caballos, criados que se habían de tener, y cómo; ni más ni de otro modo: y regló en fin hasta las comidas suyas y de los cardenales. Es preciso confesar que esta conducta era digna de un papa; mas tal vez no tomó en cuenta Urbano VI la fuerza de una larga costumbre, la espe-